

Frei Betto

¿Todavía es útil el marxismo?

Traducción de Paula Abramo

@ Frei Betto
México 2022

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.
Diseño de portada e interiores: Daniela Campero.
Traducción: Paula Abramo.

Descarga éste y más de 250 libros en formato PDF gratis desde:
www.brigadaparaleerenlibertad.com

A Michael Löwy, amigo y maestro.

ÍNDICE

Siglas	6
Introducción	7
Capítulo 1: "¿Ya no es útil el marxismo?"	11
Capítulo 2: Cómo se presenta la sociedad a nuestros ojos.....	16
Capítulo 3: Cómo funciona la sociedad	19
Capítulo 4: Los modos de producción	24
Capítulo 5: El modo de producción primitivo	25
Capítulo 6: El modo de producción esclavista	28
Capítulo 7: El modo de producción asiático	33
Capítulo 8: El modo de producción feudal	40
Capítulo 9: El modo de producción capitalista	50
Capítulo 10: El modo de producción socialista	60
Capítulo 11: Del colonialismo al imperialismo	64
Epílogo: Socialismo real: equívocos y desafíos	73
Apéndice: Declaración Universal de los Derechos Humanos - Versión popular	90

SIGLAS

a. C. Antes de Cristo

EEUU Estados Unidos de América

FGV Fundación Getulio Vargas

IBGE Instituto Brasileño de Geografía y Estadística

PSU Partido Socialista Unificado

RDA República Democrática Alemana

INTRODUCCIÓN¹

¿Por qué publicar este libro ahora? En realidad, su primera versión data de 1985, cuando terminó la dictadura militar brasileña, que duró 21 años. Anderson Fernandes Dias, entonces propietario de la editorial Ática, me propuso que escribiera un libro de texto para una materia que se llamaba Organización Social y Política Brasileña (OSPB). Se trataba de una disciplina obligatoria en el bachillerato, impuesta por el régimen golpista, y la idea era que el contenido del libro fuera a contracorriente de las otras obras que se empleaban para impartir el curso.

Todas ellas eran, sin excepción, unas verdaderas cartillas del más arraigado conservadurismo, pese a que la propuesta de que se impartiera la materia de OSPB la había hecho un educador de

1. Esta traducción está basada en Frei Betto: *O marxismo ainda é útil?*, São Paulo, Cortez Editora, 2019, de donde se tomaron también los textos de la contraportada. Para la presente edición, el autor actualizó datos e introdujo algunos cambios y cortes. Las citas de la *Biblia* en español están tomadas de *La Biblia latinoamericana*; la cita de *La guerra civil en Francia*, de Marx, está tomada de la edición publicada por la Fundación Federico Engels, en 2007 (no se consigna al traductor). Se preserva el real como moneda en los ejemplos que se dan a lo largo de la obra, por tratarse de un libro que habla de la realidad brasileña. De acuerdo con el tipo de cambio actual (septiembre de 2022) un real equivale aproximadamente a cuatro pesos mexicanos. (N. de la t.)

izquierda, Anísio Teixeira, en 1962, durante el gobierno de João Goulart. Para Teixeira era importante que la juventud conociera las constituciones del país, la estructura del Estado, el contenido de la Constitución, los procesos democráticos, los derechos políticos y los deberes de los ciudadanos. Para introducirla en esos temas, se inspiró en la Instrucción Cívica francesa y en el American Government estadounidense.

El editor quería que le entregara el manuscrito en 30 días... Para cumplir con ese plazo tan corto, exigí ciertas condiciones: tendría que estar en completo aislamiento y contar con un asesor que recorriera bibliotecas y archivos para hacer la investigación, ya que en esa época no teníamos la facilidad de Google.

A lo largo de ocho años se vendieron unos 800 mil ejemplares del libro *OSPB - Introducción a la política brasileña*. Se utilizó hasta en universidades y cursos de educación popular.

En 1991, el gobierno de Fernando Collor de Mello se empeñó en revocar el Decreto-Ley que había instituido la obligatoriedad de la materia en las escuelas, pero no tuvo éxito. La revocación finalmente ocurrió en junio de 1993, cuando el diputado federal Delfim Netto, ex-ministro de la dictadura, propuso a sus colegas de la Cámara de Diputados que se pronunciaran por eliminar inmediatamente la materia de los planes de estudio escolares, sin

duda porque sabía que su contenido había empezado a abordarse desde una óptica progresista. Acabar con esta materia permitiría crear otras que no concientizaran a los estudiantes.

Hubo incluso líderes de partidos de izquierda que firmaron la propuesta... Uno de ellos me confesó después que ni siquiera sabía de la existencia de mi plan de estudios para la materia, y estaba convencido de que todos reflejaban la ideología del período dictatorial.

Así, se prohibió que mi libro se utilizara en las escuelas y esto lo condenó al ostracismo, aunque hasta hoy sigo encontrando personas que me dicen que de jóvenes llegaron a una consciencia crítica y a una postura progresista gracias a él.

Como en 2019, con el gobierno de Bolsonaro, Brasil entró en un nuevo período de oscurantismo, decidí actualizar la primera parte de mi curso de OSPB para auxiliar a los movimientos populares en su esfuerzo por formar militantes. Se trata precisamente de la parte que expone, con un lenguaje popular, el análisis marxista de la sociedad. Añadí a mi obra otros textos, como el que trata sobre la utilidad actual del marxismo, así como un balance de lo que ha significado el socialismo real. El libro cierra con mi versión popular de la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Ahora este libro llega a manos de los lectores. Espero que también lo utilicen grupos de educación

popular, de trabajo de base, sindicatos y movimientos sociales. Que sirva para despertar una visión crítica de la sociedad capitalista y un protagonismo político progresista, y que contribuya en la formación de militantes adictos a la utopía libertaria.

Frei Betto

1. “¿YA NO ES ÚTIL EL MARXISMO?”

El papa Benedicto XVI tiene razón: el marxismo ya no es útil. Claro que él se refiere al marxismo como lo entienden muchos en la Iglesia Católica: como una ideología atea, que justificó los crímenes de Stalin y las barbaridades de la Revolución Cultural china. Creer que el marxismo como lo entiende Ratzinger es lo mismo que el marxismo como lo plantea Marx sería como identificar el catolicismo con la Inquisición. Hoy en día podría decirse que el catolicismo ya no es útil porque ya no se justifica enviar mujeres acusadas de brujería a la hoguera ni torturar presuntos herejes. Por suerte, el catolicismo no puede identificarse con la Inquisición ni con la pedofilia de padres y obispos.

Del igual modo, el marxismo no debe confundirse con los marxistas que lo utilizaron para sembrar el miedo y el terror o sofocar la libertad religiosa. Hay que volver a Marx para saber qué es el marxismo, así como hay que volver a los

Evangelios y a Jesús para saber qué es el cristianismo, y a Francisco de Asís para saber qué es el catolicismo.

A lo largo de la historia:

- en nombre de las palabras más hermosas se han cometido los crímenes más horrendos;
- en nombre de la democracia, Estados Unidos se apoderó de Puerto Rico y de la base cubana de Guantánamo;
- en nombre del progreso, países de Europa Occidental colonizaron a los pueblos africanos dejando en ellos un rastro de miseria;
- en nombre de la libertad, la reina Victoria, del Reino Unido, impulsó la devastadora Guerra del Opio en China;
- en nombre de la paz, la Casa Blanca cometió el más osado y genocida acto terrorista de toda la historia: arrojó bombas atómicas sobre las poblaciones de Hiroshima y Nagasaki;
- en nombre de la libertad, Estados Unidos implantó a lo largo de tres décadas (1960-1980) dictaduras sanguinarias en casi toda América Latina;

El marxismo es un método para analizar la realidad. Hoy más que nunca, es útil para entender

la crisis actual del capitalismo. El capitalismo sí que ya no es útil, pues:

- ha provocado la más acentuada desigualdad social entre la población;
- se ha apoderado de las riquezas naturales de otros pueblos;
- ha desarrollado su aspecto imperialista y monopólico;
- ha centrado el equilibrio del mundo en los arsenales nucleares;
- y ha difundido la ideología neoliberal, que reduce al ser humano a un simple consumista sumiso a los encantos de la mercancía.

En el mundo actual, el capitalismo es hegemónico. De casi 8 mil millones de personas que viven en el planeta, 4 mil millones están por debajo de la línea de pobreza y casi mil millones sufren hambre crónica. Para las dos terceras partes de la humanidad que no tienen acceso a una vida digna, el capitalismo ha fracasado.

- Mientras el cristianismo y el marxismo valoran la solidaridad, el capitalismo propone la rivalidad.
- Mientras el cristianismo y el marxismo valoran la cooperación, el capitalismo propone la competencia.

- Mientras el cristianismo y el marxismo valoran el respeto a la soberanía de los pueblos, el capitalismo propone la *globocolonización*.

La religión no es un método para analizar la realidad. El marxismo no es una religión. La luz que la fe proyecta sobre la realidad siempre, quiéralo o no el Vaticano, está mediada por una ideología. Hoy en día, la ideología neoliberal, que identifica al capitalismo con la democracia, impera en la consciencia de muchas personas y les impide darse cuenta de que el capitalismo es intrínsecamente perverso. La Iglesia Católica muchas veces es cómplice del capitalismo, porque éste la cubre de privilegios y le permite unas libertades que la pobreza les niega a millones de seres humanos.

Pues bien, ya está probado que el capitalismo no va a asegurar un futuro digno para la humanidad. Benedicto XVI lo admitió y el papa Francisco lo reiteró al afirmar que debemos buscar nuevos modelos. El marxismo, que analiza las contradicciones e insuficiencias del capitalismo, abre una puerta de esperanza hacia una sociedad que los católicos, en la celebración eucarística, definen como un mundo en el que todos van a "compartir los bienes de la tierra y los frutos del trabajo humano". Eso es lo que Marx llama socialismo.

En 2011, el arzobispo católico de Múnich, Reinhard Marx, publicó un libro titulado *El capital: un alegato a favor de la humanidad*. La portada tiene los mismos colores y tipografía que la primera edición de *El capital* de Karl Marx, publicada en Hamburgo en 1867. "Marx no está muerto y hay que tomarlo en serio", dice el prelado al presentar su obra. "Hay que hacer frente a la obra de Karl Marx, que nos ayuda a entender las teorías de la acumulación capitalista y el mercantilismo. Esto no quiere decir que nos dejemos atraer por las aberraciones y atrocidades cometidas en su nombre a lo largo del siglo veinte."

Este autor del nuevo *El capital*, a quien Benedicto XVI ordenó cardenal en noviembre de 2010, llama "ético-sociales" a los principios que defiende en su libro, critica al capitalismo neoliberal, tacha a la especulación de "salvaje" y "pecaminosa" y aboga por un rediseño de la economía de acuerdo con las normas éticas de un nuevo orden económico y político. "Las reglas del juego deben ser éticas. En este sentido, la doctrina social de la Iglesia es crítica ante el capitalismo", afirma el arzobispo.

2. CÓMO SE PRESENTA LA SOCIEDAD A NUESTROS OJOS

Joca, Tamiko, Uala y Luciana platican en la puerta del colegio:

— Nos asaltaron camino a la escuela — cuenta Joca. — Un chico harapiento se metió al autobús y apuntó a todos los pasajeros con un arma. Se robó las carteras, los celulares y los relojes y salió corriendo por la puerta de atrás. Lo peor fue que cuando llegaron los policías me la armaron de tos sólo porque soy negro. Al final me las ingenié para convencerlos de que soy estudiante y no ratero.

— Por suerte yo no me arriesgo a esas cosas — comenta Luciana, con alivio—. A mí me trae a la escuela el chofer de mi papá. Y en mi casa hay vigilantes y alarmas en las ventanas.

— Yo no tengo ni dinero ni miedo — dice Uala—. Nuestra reserva indígena, en la periferia de la ciudad, es muy pobre; ya nos robaron casi toda la tierra que teníamos...

— Y tú, que eres de familia rica, ¿por qué estudias en una escuela pública? — le pregunta Tamiko a Luciana.

– Porque mi papá estudió en una escuela pública y cree que aquí el nivel es mucho mejor.

Este diálogo deja claro que vivimos en una sociedad multirracial: Joca es negro, Luciana es blanca, Uala es indígena y Tamiko es hija de un japonés y una francesa. También muestra que la sociedad es desigual. Hay personas ricas, como la familia de Luciana; personas de clase media, como la familia de Tamiko; personas que van subsistiendo, como Joca, que es hijo del vigilante de un edificio; personas pobres, como Uala, que vive en una reserva indígena, y personas miserables, como el hombre que asaltó el autobús.

División del ingreso

Veamos ahora cómo se distribuye la riqueza en el mundo.

- En 2021, el 10% más rico de la población global controlaba el 76% de la riqueza mundial.
- El 50% más pobre poseía sólo el 2% de la riqueza.
- El 40% de los estratos medios, por su parte, poseía el 22%.

En conclusión: cada año, los pobres se vuelven más pobres y los ricos más ricos.

Desigualdad social: fatalidad o política

Después de presentar estos datos a sus alumnos, el profesor les pregunta:

– ¿Qué opinan de la situación social?

Luciana: Siempre va a haber ricos y pobres.

Uala: Cada cual debe conformarse con su suerte. Ni siquiera en la naturaleza los animales son iguales: unos son más listos y fuertes que otros.

Joca: Yo no creo que la desigualdad sea una fatalidad del destino.

Tamiko: Mi papá dice que si la gente es pobre, es porque es floja y no quiere trabajar.

El profesor vuelve a tomar la palabra:

– Muchos dicen que el mundo "siempre ha sido así" y que "no puede cambiar". Pero, a ver, Uala: cuando tu tribu vivía unida en la Amazonia, ¿alguien tenía hambre?

– No, allá todo era de todos. Nadie pasaba necesidad.

Todos los creyentes vivían unidos y compartían todo cuanto tenían. Vendían sus bienes y propiedades y se repartían de acuerdo a lo que cada uno de ellos necesitaba.

Hechos de los apóstoles, capítulo 2, versículos 44 y 55

3. CÓMO FUNCIONA LA SOCIEDAD

– Mira, Luciana, el Sol está subiendo, dentro de poco va a estar a la mitad del cielo.

– Ay, Uala, el que sube no es el Sol: es la Tierra la que gira. Las cosas no siempre son como parecen; si estudias Ciencias te das cuenta luego luego de que las cosas no son tal como las experimentan nuestros sentidos.

– En mi tribu, el Sol es el corazón del cielo.

– Y se acostumbra decir que "el Sol salió"
– observa Tamiko.

De hecho, durante muchos siglos, la humanidad confió en sus impresiones sobre la naturaleza. Hasta que dos científicos, Nicolás Copérnico (1473-1543) y Galileo Galilei (1564-1642) probaron científicamente que el Sol es una estrella en torno a la cual giran varios planetas, entre ellos la Tierra. Cada vez que la Tierra da una vuelta alrededor de su propio eje, pasa un día, y cada vez que le da la vuelta al Sol, pasan 365 días: un año.

El proceso de producción: qué es y para qué sirve

Así como la humanidad confió durante siglos en sus impresiones sobre la naturaleza, hoy en día muchos siguen creyendo en sus impresiones sobre la sociedad. Por eso afirman que "siempre va a haber ricos y pobres", que "cada cual debe conformarse con su suerte" y que "los pobres son pobres porque son flojos". Así pareciera. Pero veamos: ¿qué es eso que permite que, a pesar de sus diferencias sociales, Luciana, Tamiko, Joca y Uala vayan a la escuela? La salud. Si estuvieran enfermos o hubieran muerto de niños de desnutrición, no estarían en la escuela. Pero, ¿de dónde viene la salud, que es esencial para la vida de todos? Principalmente de una buena alimentación. ¿Y todos comen bien en el mundo?

- El informe del "Estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo" 2022, publicado por la ONU, señala que el número de personas afectadas por el hambre en todo el mundo subió a 828 millones en 2021: un incremento de aproximadamente 46 millones desde 2020 y de 150 millones desde el principio de la pandemia de Covid-19.
- La edición de 2022 del informe brinda nuevas evidencias de que el mundo se ale-

ja cada vez más de su meta de acabar con el hambre, la inseguridad alimentaria y la desnutrición para 2030.

- Además de la parte de la población que sufre hambre, en 2021 aproximadamente otros 2,300 millones de personas en el mundo (el 29.3% de la población global) se encontraban en situación de inseguridad alimentaria moderada o grave: un incremento de 350 millones en comparación con el período anterior al brote de la pandemia de Covid-19.

- El informe también señala que casi 924 millones de personas (el 11.7% de la población global), sufrieron inseguridad alimentaria grave: un incremento de 207 millones en dos años.

El precio de los alimentos

En 2020, casi 3,000 millones de personas no podían permitirse una dieta saludable: 112 millones más que en 2019. Esto refleja los efectos de la inflación sobre los precios de alimentos al consumidor por el impacto económico resultante de la pandemia de Covid-19.

La brecha de género en términos de inseguridad alimentaria siguió en aumento en 2021: el 31.9% de las mujeres del mundo sufren inse-

guridad alimentaria moderada o grave, en comparación con el 27.6% de los hombres. Se trata de un aumento de 1% en comparación con la brecha existente en 2020.

El informe estima que 45 millones de niños menores de cinco años sufría de emaciación, la forma más mortal de desnutrición, que hace que el riesgo de morir se incremente hasta 12 veces en los niños.

Además, 149 millones de niños menores de cinco años sufrieron retraso del crecimiento debido a la falta crónica de nutrientes esenciales en la dieta, al tiempo que 39 millones presentaron sobrepeso.

El informe prevee que, en el futuro, aproximadamente 670 millones de personas (el 8% de la población mundial) seguirán teniendo hambre en 2030, incluso si se verifica una recuperación económica a nivel global.

El proceso de producción

Aunque pueda parecer lo contrario, no falta comida en el mundo: prueba de ello son las repisas de los supermercados, abarrotadas de productos. Lo que pasa es que los alimentos son caros y la gente no tiene dinero. Así, llegamos al origen de la cuestión: la causa de que los alimentos sean caros y el pueblo no tenga dinero es el *proceso de producción*.

Para entender mejor, veamos qué es el *proceso de producción*.

Los primeros humanos que aparecieron en la Tierra no conocían el proceso de producción. Vivían gracias a una economía de extracción: tomaban de la naturaleza lo que necesitaban para vivir. Pescaban, recolectaban frutas y verduras y cazaban animales que les proporcionaban carne, grasa, pieles y huesos para fabricar pequeños instrumentos de trabajo.

Con el paso del tiempo se fue haciendo más difícil encontrar recursos en la naturaleza. Hubo que producirlos. Entonces hombres y mujeres empezaron a cultivar la tierra para cosechar verduras, frutas, legumbres y granos; a criar animales para obtener carne, pieles y huevos; a cortar árboles para construir casas y canoas. Así, mediante el trabajo, hombres y mujeres transformaron la naturaleza e impulsaron la producción de los bienes materiales que necesitaban para existir.

Sin producción no hay vida. Sin comida y bebida, el agricultor no puede sembrar, el presidente no puede gobernar el país, el actor no puede representar su papel y el trabajador no puede producir. Mediante el trabajo, hombres y mujeres entablan relaciones: relaciones sociales. A lo largo de la historia, la humanidad ha encontrado varias maneras de producir bienes. Llamamos a estas maneras *modos de producción*.

4. LOS MODOS DE PRODUCCIÓN

— Luciana, ¿qué es la historia?

— Ay, Joca, ¡qué pregunta tan tonta! La historia es la materia escolar en la que se estudian las fechas y los acontecimientos importantes de la vida de la humanidad.

— Mi pueblo tiene historia —interviene Uala—. Una larga historia de lucha y sufrimiento. La historia de mi pueblo se convirtió en parte de la historia de Brasil cuando llegaron las carabelas capitaneadas por Pedro Álvares Cabral, en 1500. Hoy hay más o menos un millón de indígenas en el país.

— Así es, Uala — dice el profesor Carlos —, la historia es fruto de nuestro trabajo y de nuestras luchas. Son los hombres y las mujeres los que hacen la historia. Pero ésta no se divide en fechas importantes. Los grandes cambios históricos suceden cuando la gente cambia el *modo* en que produce los bienes materiales que necesita para vivir.

Luciana lo mira intrigada:

— ¿Y hay varios modos de producción?
— pregunta.

—Sí. En la historia de la humanidad los principales modos de producción han sido: el primitivo, el esclavista, el asiático, el feudal, el capitalista y el socialista — responde el profesor.

5. EL MODO DE PRODUCCIÓN PRIMITIVO

Como vimos, en los primeros tiempos de la humanidad hombres y mujeres obtenían de la naturaleza los bienes necesarios para vivir. Cuando capturaban animales pequeños, evitaban matarlos y los niños de la tribu los criaban: así surgieron los animales domésticos. Descubrieron que la leche de la vaca era muy buena para la salud, y así nació la *ganadería*.

Mientras las mujeres recolectaban frutos, los hombres cazaban. De las semillas que caían cerca de sus casas brotaban nuevos árboles frutales. Entonces se dieron cuenta de que podían sembrar y de que esto les permitiría tener alimentos cerca del sitio en el que vivían: así surgió la *agricultura*.

De la necesidad de tener terrenos reservados para la pastura y la agricultura surgió la posesión de la tierra. Antes, las tribus eran nómadas, o sea, se desplazaban de un lugar a otro en

busca de alimentos. Con la posesión de la tierra se volvieron sedentarias, se establecieron en un solo lugar. Todos trabajaban y producían lo indispensable para vivir. En estas tribus no había desigualdad. Todo era común, y por eso también se dice que vivían en un modo de producción comunista. Todos participaban en la defensa de la tribu y los jefes eran aquellos que tenían más experiencia y conocimiento.

LA VIDA ENTRE LOS ESQUIMALES

Entre los esquimales Igluik, es por norma un anciano respetado por los demás quien decide en qué momento hay que desplazarse a otro centro de caza, cuándo empezar a cazar, cuándo alimentar a los perros, etc. A este hombre se le llama *isumaitoq* (aquél que piensa). No siempre es el más anciano, pero es un anciano: un cazador astuto o bien alguien que ejerce un gran poder como jefe de una vasta familia. Nadie está obligado a seguir sus consejos, pero la gente por lo general los sigue, en parte porque se deben a su experiencia y en parte porque conviene mantener buenas relaciones con él.

Jean Copans y otros. *Antropologia – ciência das sociedades primitivas?*, citado por BARBOSA, Leila Maria A. y MANGABEIRA, Wilma, en: *A incrível história dos homens e suas relações sociais*, Petrópolis, Vozes, 1982, p. 38-9.

Causas de la desigualdad social y excedente productivo

En los primeros tiempos, todos los seres humanos eran iguales, tenían los mismos derechos y obligaciones. La primera división social del trabajo surgió entre hombres y mujeres. Los hombres no tienen que hacer frente a las exigencias del embarazo y la lactancia. Esto les permitía alejarse de la aldea para cazar, mientras que las mujeres tenían que quedarse en casa cuidando a los niños y, por lo tanto, ocupándose de las tareas domésticas.

Con el surgimiento de la agricultura y la ganadería, las comunidades primitivas empezaron a producir *más de lo que necesitaban para su consumo*. A esta producción extra se le llama *excedente*, una palabra que viene del término *exceso*. Entre los indígenas, por ejemplo, las divisiones sociales empezaron cuando apareció el excedente. La producción que "sobraba" permitió que algunos indígenas —como los jefes, hechiceros y guerreros, por ejemplo— dejaran de trabajar y formaran castas aparte. Estos indígenas que vivían a costa del trabajo del resto de la tribu se apropiaron, al mismo tiempo, de la producción excedente: así fue como surgió la *propiedad privada*.

La desigualdad empieza cuando en la comunidad primitiva se establece una división en-

tre familias propietarias y no propietarias. Surgen entonces las *clases sociales*. Y también surge la lucha de clases, cuando los propietarios tratan de tener cada vez más posesiones, impidiendo que los demás posean bienes y pongan en riesgo la propiedad de los más ricos.

6. EL MODO DE PRODUCCIÓN ESCLAVISTA

—¿Y tú por qué tienes la piel negra, Joca? —pregunta Tamiko.

—Porque soy descendiente de negros que llegaron a Brasil como esclavos. A nuestros antepasados los cazaron como animales en África, primero los ingleses y luego los portugueses, para traerlos a trabajar aquí en el campo y en las minas de oro. Unos cuatro millones de negros llegaron al país en barcos negreros.

—¿Y a los esclavos no les daban nada por su trabajo? —pregunta Luciana.

—Les daban tres cosas: pan, palos y harapos. Resistimos todo lo que pudimos: conservamos nuestras religiones, como el *candomblé*; nuestras artes, como la *capoeira* y nuestros ritos, como la *congada*. Los que lograron huir de la senzala, que era la casa donde vivían los esclavos

dentro de las haciendas, formaron *quilombos* o palenques. El quilombo más famoso fue el de Palmares, en Alagoas, y su líder fue Zumbi.

— ¿Cuándo se acabó la esclavitud en Brasil? — pregunta Uala.

— Oficialmente, en 1888. Brasil fue el último país de las tres Américas en abolir la esclavitud. Desafortunadamente se prohibió que los negros se convirtieran en propietarios de tierras, así que pasaron de ser esclavos a ser asalariados en el campo y en las fábricas.

— ¿Pero hoy los negros son libres? — pregunta Luciana.

— De hecho — dice Joca — la mayoría de los negros en nuestro país sufre una doble discriminación. Se les discrimina por ser negros y por ser pobres.

Cómo funcionaba la sociedad esclavista

No sólo en los períodos colonial e imperial de la historia de Brasil hubo un régimen de trabajo esclavo: también en la Antigüedad predominó la sociedad esclavista. En un principio, las tribus de la comunidad primitiva ambicionaban las tierras de las tribus vecinas cuando eran mejores. Había guerras y se sacrificaba a los vencidos. En ocasiones, los guerreros victoriosos se comían la carne de los valientes guerreros a los que derro-

taban: eso era el canibalismo. Con el tiempo, los vencedores comprendieron que convenía dejar vivos a los vencidos: de ese modo tendrían trabajadores forzados, esclavos. Estos producían lo necesario para sí mismos y para sus señores. Así pues, la esclavitud no surgió sino hasta que el proceso de producción estuvo en condiciones de generar un excedente.

LA CACERÍA DE AFRICANOS

Para los nativos de África —que, según estudios recientes, es la cuna de la humanidad—, la llegada de los portugueses significó destrucción. Considerados inferiores, fueron capturados y obligados a trabajar en los cañaverales de las islas del Atlántico. A partir de 1441, empezaron a llevarlos a Portugal. Un siglo después, el flamenco Nicolaus Cleunaerst describió este reino ibérico en los siguientes términos: "En todas partes pululan los esclavos; todos los trabajos son realizados por negros y moros cautivos, de los que Portugal está tan lleno que me parece que hay en Lisboa más esclavos y esclavas de este tipo que portugueses libres".

Citado en: ALENCAR, Francisco; CARPI, Lucia; RIBEIRO, Marcus Venício, *História da sociedade brasileira*, Río de Janeiro, Ao Livro Técnico, 1979, p. 9.

Para el amo, el esclavo era una cosa como cualquier otra: un objeto que producía riquezas. La única obligación del amo para con el esclavo era alimentarlo para que no se enfermara o muriera.

Un esclavo enfermo no tenía ningún valor. A los esclavos se les trataba como se trata hoy en día al ganado de raza: con cuidado, para que no dejaran de ser capaces de producir riqueza. Se acentuó en la sociedad la división de clases: una minoría (los amos) explotaba el trabajo de la mayoría (los esclavos).

Los amos eran los dueños de la *fuerza de trabajo* (los esclavos), de los *medios de producción* (la tierra, el ganado, las minas), de los *instrumentos de trabajo* (las herramientas, los azadones, las carretas) y del *producto del trabajo*. Los esclavos no eran dueños de nada, ni de su propio cuerpo.

Para asegurar la explotación de los esclavos, los amos necesitaban un poder especial que les brindara los medios jurídicos y militares necesarios para mantener la desigualdad social. Fue entonces cuando surgió el *Estado*. Las leyes del Estado aseguraban a los señores el derecho de explotar a los esclavos; el ejército defendía al país contra agresiones externas, y también a los amos —que controlaban el Estado— contra las revueltas de esclavos.

<p>En las comunidades primitivas, donde todo era de todos, no había Estado. Éste sólo surgió cuando algunos hombres empezaron a dominar a otros. Nació para proteger los intereses de los más fuertes.</p>
--

¿SABÍAS QUE...?

- La cuna de la *democracia* (que significa "gobierno del pueblo") fue la ciudad de Atenas, en la Grecia de los siglos sexto y quinto a. C. Pero la democracia allí no era tan democrática como podría creerse. Los 2,000 ciudadanos libres que se entregaban a largas discusiones políticas y filosóficas vivían a costa del trabajo de 400,000 esclavos.
- En tiempos de Jesús, Palestina estaba dominada por el Imperio Romano. Con excepción de Palestina, en todo el Imperio, el proceso productivo dependía básicamente del trabajo esclavo.
- Donde predomina la esclavitud no avanzan las *fuerzas productivas*, como la tecnología. Para el esclavo, es igual cosechar en un día el fruto de cien cafetos que el de quinientos. Como no recibe un salario ni ninguna otra recompensa por su trabajo, no tiene el estímulo necesario para aumentar su productividad. A la larga, el modo de producción esclavista retrasa el avance de la historia humana.
- Los amos de los esclavos prefirieron perder la bolsa y no la vida. Empezaron a liberarlos y a permitir que explotaran la tierra sin el derecho de poseerla, de tal modo que se quedaran con una pequeña parte del producto y entregaran el resto al dueño de la tierra. Poco a poco fue naciendo el modo de producción feudal (que veremos después de describir el modo de producción asiático).

7. EL MODO DE PRODUCCIÓN ASIÁTICO

Al igual que los demás modos de producción, el asiático no existió en un *solo momento de la historia*. Cada modo de producción ha existido en épocas y lugares diferentes.

El modo de producción primitivo existió en los primeros tiempos de la humanidad y también entre los indígenas antes de que se encontraran con los blancos.

El modo de producción esclavista, de la misma manera, predominó en la Grecia de antes de Cristo, en el Imperio Romano de tiempos de Cristo y también en el Brasil de los siglos dieciséis a diecinueve.

El modo de producción asiático prevaleció en distintos lugares y momentos históricos: en China, en la India, en el reino etrusco (actual Italia), en Europa (antes de Cristo), entre los incas de Perú y en el África del siglo diecinueve.

Un ejemplo: el antiguo Egipto

Egipto es un gran desierto cortado por el río Nilo. Para aprovechar las tierras fértiles a orillas del río, los egipcios tenían que evitar las crecidas que inundaban los cultivos. Así que construyeron una red de

canales de riego y de drenaje. Se trataba de una obra que no podía ser realizada por cada pequeña familia de agricultores. Hubo que crear una institución política capaz de organizar y centralizar el trabajo: el Estado, controlado por un rey, el faraón. Esto sucedió alrededor del año 3,000 a. C.

Las instituciones políticas, como el Estado, reflejan los intereses económicos que existen en la sociedad. Por lo general, la forma en que hombres y mujeres se organizan para producir los bienes necesarios para la vida (el modo de producción) determina la forma de organización política que cada sociedad adopta.

Una característica del modo de producción asiático que también puede verse en el antiguo Egipto es que las comunidades agrícolas no poseían las tierras. No había propiedad privada. Las tierras pertenecían al Estado, que racionalizaba el sistema de producción. Gracias a esta racionalización no todos los trabajadores tenían que producir alimento, pues había un excedente productivo. Este excedente permitía que muchos trabajaran en las obras de riego y en la construcción de suntuosas tumbas (como las famosas pirámides), o que se integraran al ejército. El Estado trataba como esclavos a algunos pueblos extranjeros que vivían en Egipto. Fue lo que les sucedió a los hebreos en los tiempos de Moisés, más o menos hacia el año 1,200 a. C. (todo indica que el dato de que había hebreos esclavizados en Egipto es mítico).

LA TIRANÍA DE EGIPTO SOBRE EL PUEBLO HEBREO

Un nuevo rey gobernó a Egipto (...) y dijo a su pueblo: "Fíjense que los hijos de Israel forman un pueblo más numeroso y fuerte que nosotros; por esto, tomemos precauciones contra él para que no siga multiplicándose, no vaya a suceder que si estalla la guerra, se una a nuestros enemigos para luchar contra nosotros y así salir del país". Entonces les pusieron capataces a los israelitas, haciendo pesar sobre sus hombros duros trabajos, y así edificaron para Faraón las ciudades de almacenamiento: Pitom y Ramsés. Pero mientras más los oprimían, tanto más crecían y se multiplicaban, de tal modo que los egipcios llegaron a temer a los israelitas. Los egipcios trataron cruelmente a los hijos de Israel haciéndolos esclavos, les amargaron la vida con duros trabajos de arcilla y ladrillos, con toda clase de labores campesinas y toda clase de servidumbres impuestas por crueldad.

Éxodo, capítulo 1, versículos 1 a 14.

La fuerza del poder teocrático

Los chicos están reunidos en la cafetería cuando entra el profesor Carlos.

— ¡Profesor! — dice Joca —, Necesitamos que nos ayude.

— Dime, Joca.

— Estábamos leyendo sobre la vida en el antiguo Egipto y nos surgió una duda: ¿de dónde sacaba el Estado tanto poder?

— El Estado, Joca, era el faraón, lo mismo que el rey en las viejas monarquías. Su poder no era propiamente económico, aunque era dueño de todo el país. Tampoco era un poder meramente político, aunque el Estado se identificara con el faraón.

— Entonces — pregunta Luciana intrigada —, ¿de dónde venía todo ese poder económico y político?

— Venía del poder *ideológico*, es decir, de la idea, sembrada en las cabezas del pueblo, de que el faraón era dios. Si él era dios, entonces todo le pertenecía: tanto la tierra como el pueblo — explica el profesor.

— Un poder nada democrático — comenta Uala.

— Exactamente. Era todo lo contrario: se trataba un poder *teocrático* — explica Carlos—. *Teo* quiere decir "dios". Era un poder divino. En realidad, el faraón era una persona de carne y hueso, como cualquier otra. Pero ideológicamente estaba revestido de un carácter divino: era un ser sagrado. Y sabía manipular muy bien esa semilla plantada en las cabezas del pueblo. Se decía hijo del Sol, del dios Ra. Casi no se mostraba en público; cuando lo hacía, se cubría de joyas y símbolos sagrados; él era el que dirigía la religión de los egipcios y mandaba construir los templos.

¿SABES QUÉ ES LA IDEOLOGÍA?

La ideología es un conjunto de ideas que tenemos en la cabeza. Ideas políticas, morales, estéticas, religiosas, etcétera. Todo mundo tiene una ideología. Pero no todos saben o aceptan que la tienen. La ideología es como los lentes. Los que usan lentes ven mejor las cosas cuando los tienen frente a los ojos. Pero no pueden ver sus propios anteojos. Así es la ideología: por lo general, no somos conscientes de la ideología que tenemos sembrada en la cabeza.

¿Y quién nos siembra esa ideología en la cabeza? La educación familiar, la escuela, la televisión, las redes digitales, los periódicos, la moda, el cine, la Iglesia, etcétera. Como en una sociedad desigual estas instituciones están, generalmente, controladas por la clase más poderosa, la ideología dominante en dicha sociedad suele ser la de la clase que detenta el poder. Por eso hay personas resignadas en las favelas, que creen que siempre habrá ricos y pobres.

La ideología produce en nosotros una escala de valores y un modo de actuar. En una sociedad desigual, la ideología generalmente encubre la realidad y nos hace pensar, por ejemplo, que la miseria en el Nordeste de Brasil se debe a la fatalidad ecológica de la sequía o que la inflación es un globo de oxígeno con vida propia

al que no pueden dominar ni los más expertos economistas. Pero hay una ideología que ayuda a descubrir la realidad, y que nos permite verla tal como un mecánico ve un auto por dentro, conociendo todos sus engranes y los mecanismos que lo hacen funcionar. Es a ésta, *la ideología de los oprimidos*, a la que temen los opresores.

La estructura social en el modo de producción asiático

La estructura social del antiguo Egipto era como una escalera muy jerárquica. Empezaba abajo, con el campesino, que estaba obligado a entregar al Estado el excedente de lo que producía, y con los esclavos, que hacían trabajos forzados. Este excedente permitía que un grupo de hombres se dedicara a la defensa sin tener que producir, y así se formó el ejército. Había otro grupo que rodeaba al faraón y se ocupaba de reforzar el carácter religioso de la ideología dominante: los sacerdotes. La religión era fundamental para mantener esa estructura de poder. ¿Quién se atrevería a conspirar contra el dios-faraón mismo?

Ya hemos visto que en el modo de producción esclavista la técnica de producción, los recursos productivos y, en suma, las *fuerzas productivas* casi no podían avanzar. Por esta *contradicción interna*, la estructura del modo de

producción esclavista se derrumbó. En cuanto al modo de producción asiático, la contradicción interna eran los altos costos que implicaba mantener a los sectores improductivos de la sociedad (guerreros, sacerdotes, empleados de la corte) y edificar obras suntuosas (palacios, templos y sepulcros reales).

LAS CONTRADICCIONES DEL MODO DE PRODUCCIÓN ASIÁTICO

Uno de los aspectos más negativos de esta forma de organización social fueron los costos que implicaba mantener a los sacerdotes y edificar de templos y, sobre todo, sepulcros reales (pirámides). Eso consumía la mayor parte del excedente producido por toda la sociedad.

Se calcula que la construcción de la pirámide de Keops ocupó a 100 mil trabajadores durante aproximadamente veinte años. Tan sólo la comida y el vestido de toda esa gente debió haber absorbido la capacidad de producción de excedentes de aproximadamente tres millones de campesinos.

Los sacerdotes no eran el único grupo privilegiado de la sociedad. Junto con ellos estaban los nobles, los funcionarios y los guerreros.

Citado por: BARBOSA, Leila Maria A., MANGA-BEIRA, Wilma C. *A incrível história dos homens e suas relações sociais*. Petrópolis: Vozes, 1982, p. 95.

Fueron varios los factores que hicieron caer la gran estructura del modo de producción asiático: el acaparamiento privado de la tierra por parte de las familias nobles (que fue el principio del modo de producción feudal); las invasiones extranjeras (como sucedió con los imperios azteca e inca en América Latina); la militarización del Estado (por las frecuentes guerras) y el carácter divino del rey (como sucedió con los hebreos en Egipto), entre otros.

8. EL MODO DE PRODUCCIÓN FEUDAL

Joca, Luciana, Uala y Tamiko pasean por la finca del profesor Carlos.

—El otro día, en la cafetería, hablábamos de Egipto y del modo de producción asiático, ¿se acuerdan? —pregunta el profesor—. ¿Sabían que en Europa hubo un modo de producción feudal?

—¿Es el de la época de los feudos, profesor? —preguntó Uala.

—¡Exactamente! Un feudo era la propiedad rural en la que había un castillo, talleres de artesanos, establos, pasturas y tierras trabajadas por los siervos del señor feudal. Cuando el Im-

perio Romano y las sociedades esclavistas entraron en decadencia, sus dominios fueron ocupados por los *bárbaros*, o sea, por todos aquellos pueblos que no eran romanos, como los francos y los germanos. Entonces los reyes tuvieron que ceder parte de sus tierras a los jefes militares. Estas tierras recibieron el nombre de feudos.

—¿Por eso sus jefes se llamaban señores feudales? —pregunta Luciana.

—Sí, esos señores eran dueños de todo lo que había en sus tierras: los castillos, las casas, los campos de cultivo, el ganado, los caminos y los puentes. Y con el pretexto de proteger a sus siervos, mandaban sobre ellos.

—¿Cuándo empezó ese modo de producción?

—Ya predominaba en Europa hacia el siglo quinto después de Cristo. Duró hasta los siglos quince y dieciséis, así que abarcó todo el período que se conoce como *Edad Media*.

La sociedad feudal

La sociedad feudal se dividía entre los señores feudales (los que explotaban el trabajo de los siervos) y los siervos. A diferencia de los esclavos, los siervos eran dueños de su propia vida y trabajaban la tierra para sí mismos. Pero estaban obligados a entregar al señor feudal una parte

de lo que producían y tres días a la semana trabajaban gratis las tierras del señor. Además, se encargaban de conservar los caminos, puentes y castillos. En caso de guerra, conformaban el ejército del feudo y se les llamaba *peones* (porque iban a pie).

Los señores feudales tenían el *poder económico* porque o eran los dueños de las tierras o se las rentaban a los condes, quienes, a su vez, se las rentaban a los duques, que se las rentaban a los reyes... Los siervos trabajaban para mantener toda la jerarquía de la nobleza. Los señores feudales también detentaban el *poder político*, pues hacían las leyes del feudo y obligaban a los siervos a obedecerlas. Además, en caso de guerra, ellos dirigían a las tropas. Estas leyes no permitían que el señor matara o vendiera al siervo, como se hacía con el esclavo, ni que se separara al siervo de su familia, pero prohibían que éste y su familia abandonaran las tierras del feudo en el que vivían.

Los señores feudales tenían, además, el *poder ideológico*, gracias a su estrecha relación con el mayor poder político y espiritual de la época: la Iglesia, que llegó a ser propietaria de dos terceras partes de las tierras de Europa. La Iglesia era la gran "señora feudal". Los monasterios medievales eran enormes feudos, llenos de siervos. Como todos eran católicos, la Iglesia predicaba

que la autoridad de los reyes y de los nobles venía de Dios. La gran estructura feudal se cimentaba en la religión.

Como guardaban para sí mismos y para su familia una parte de lo que producían, los siervos se sentían motivados para incrementar la producción. Casi todo se producía dentro del mismo feudo: en el campo, la agricultura y la ganadería brindaban el alimento; en los talleres, los artesanos fabricaban muebles, ropa, carretas, azadones, armas, etcétera. Se buscaban pocas cosas fuera del feudo: sal, hierro o telas más finas, por ejemplo. Las mercancías no solían comprarse: se intercambiaban.

En esa etapa de la Edad Media surgieron la navegación a vela, la brújula, la imprenta, la pólvora, las lentes de aumento, los molinos y el reloj mecánico. Todos estos inventos facilitaron el comercio de Occidente con Oriente, por el que llegaban a Europa mercancías que se consideraban muy valiosas, como la seda, la pimienta, la canela, el azúcar y otras especias. Esto impulsó la navegación.

Italia, España y Portugal emprendían grandes expediciones marítimas para buscar riquezas en Oriente, sobre todo en las costas de África, la India y China. Los primeros barcos (o carabelas, como se les conocía en esa época) llegaron a los puertos de esas regiones cargados

de productos agropecuarios, que intercambiaron por perfumes, telas, oro y hierro. Pero luego llegaron repletos de cañones y soldados. Invadieron sus ciudades, saquearon sus riquezas, mataron a los que se resistieron. Y así llevaron a Europa inmensas fortunas que sirvieron para ampliar los castillos y construir catedrales.

Buscando otra ruta hacia la India, el navegante genovés Cristóbal Colón, con el patrocinio de los reyes de España, llegó a América en 1492, tocando tierra inicialmente en los territorios que hoy conocemos como Bahamas, Cuba, Haití y la República Dominicana. Más tarde, en 1500, arribaron a las costas brasileñas las carabelas capitaneadas por el portugués Pedro Álvares Cabral. Como pensaban que habían encontrado el camino a la India, los exploradores llamaron *indios* a los habitantes de estas tierras.

Cómo nació el capitalismo de las contradicciones del feudalismo

Bonifacio era hijo de un siervo feudal y había conseguido una buena parcela para asegurar el sustento de su familia. Además de producir para su propio consumo —lo que se conoce como *economía de subsistencia*—, para no perder la tierra, Bonifacio estaba obligado a producir para el señor feudal y para la Iglesia, pues, como buen

cristiano, obedecía a la exigencia eclesiástica de destinar el 10% de su producción (el diezmo) a esta última.

La tierra de Bonifacio producía casi todo lo necesario para mantener a su familia: trigo, leche, manteca, verduras, frutas y legumbres; carne de res y carnero, gallinas y patos; lana para tejer ropa, cobijas, etcétera. Pero había un producto fundamental que Bonifacio no podía obtener de la tierra y que era invaluable para sazonar y conservar los alimentos, pues en esa época no había refrigeradores: la sal.

Los sábados Bonifacio salía de su tierra y se dirigía a un cruce de caminos donde varios siervos y artesanos se encontraban para intercambiar mercancías: hierro por tocino, canela por manzanas, lana por perfumes. Bonifacio intercambiaba las cobijas de lana que sus hijas tejían por sal que venía de la costa marítima.

Ese lugar donde se encontraban los mercados se conocía como *mercado* o *burgo*. Poco a poco, los que se instalaron allí para administrar las transacciones comerciales y sacar algún provecho de ellas empezaron a conocerse como *burgueses*.

¿Cómo podía saber Bonifacio que un kilo de sal equivalía a dos cobijas? La ley que permitía hacer ese cálculo sigue siendo válida y, hasta cierto punto, universal:

El valor de una mercancía es igual al tiempo necesario para producirla.

Esto quiere decir que un pequeño diamante del tamaño del botón de una camisa vale tanto como un coche nuevo porque el tiempo necesario para obtener el diamante es el mismo que se requirió para fabricar el coche. En otras palabras, el costo de las inversiones dedicadas a buscar y tallar el diamante, una piedra poco común, equivale al costo de las inversiones destinadas a fabricar el coche.

Pues bien, un sábado, Bonifacio llegó al burgo para intercambiar sus cobijas por sal, pero Joaquín, el hombre de la sal, no apareció. Bonifacio ya estaba pensando en volver con su mercancía cuando alguien le propuso:

– Cámbiela por monedas. Esas cobijas seguro valen dos monedas de plata.

Bonifacio inmediatamente se dio cuenta de que era más fácil llevar dos monedas en el bolsillo que cargar con las cobijas auestas. Fue así como la relación $M = M$ (mercancía = mercancía) se transformó en la relación $M = D = M$ (mercancía = dinero = mercancía).

Con la introducción de la moneda, las mercancías, que antes sólo tenían *valor de uso*, empezaron a tener *valor de cambio*. La gente empezó a comerciar mercancías no porque necesita-

ra los productos, sino porque así podría obtener una ganancia. Surgió entonces la relación $D = M = D$ (dinero = mercancía = dinero). Y, aunque la Iglesia lo prohibía, las personas que prestaban dinero empezaron a cobrar intereses, es decir, a hacer dinero mediante el préstamo de dinero.

La vida se le fue haciendo difícil a Bonifacio. Su señor feudal le exigía cada vez más productos. La Iglesia se quejaba porque no estaba al día con los diezmos. Cada vez que iba a la ciudad tenía que atravesar otros feudos, y para ello debía pagar a cada señor feudal una tarifa por el uso de sus caminos: el *peaje*.

Un día, Bonifacio llegó a la ciudad de los burgueses, como hacía todos los sábados, y se encontró con una sorpresa: cuando vio a Joaquín, éste le dijo:

— Amigo, ahora el kilo de sal vale cinco cobijas, o no hay trato.

¿Cómo cambiar tantas cobijas por tan poca sal? — pensó. Sería muy desventajoso. Pero lo que más sorprendió a Bonifacio fue que un hombre se acercó al puesto de Joaquín y le cambió cinco cobijas por un kilo de sal. ¿No se daba cuenta, aquel sujeto, del mal negocio que estaba haciendo? Bonifacio se acercó al puesto de Joaquín. Observó las cobijas y se dio cuenta de algo asombroso: ¡no estaban tejidas a mano, sino con una máquina llamada telar! Los artesanos em-

pezaban a inventar nuevos *medios de producción*. Estaba surgiendo una nueva era en la historia de la humanidad: la de la Revolución Industrial. En pocas horas, una máquina podía hacer productos que con métodos artesanales se fabricaban en más de una semana. La producción en serie abarataba el costo del producto y, por lo tanto, su precio en el mercado.

Desde que el modo de producción primitivo dejó de estar vigente, todos los seres humanos necesitaron establecer *relaciones de mercado* para sobrevivir. Para poder comprar la sal que le permitía conservar la carne, el fierro para hacer arados, los perfumes para sus hijas y el azúcar para endulzar la leche, Bonifacio debía tener dinero. Y para tener dinero debía vender algo en el mercado. Al principio, vendía cobijas. Después empezó a vender sus animales; luego vendió su carreta, sus azadones, en fin, las cosas que tenía en su casa. Hasta que el señor feudal decidió que las tierras que cultivaba Bonifacio debían formar parte del coto de caza del feudo y lo expulsó de allí junto con su familia.

Sin tierra, sin productos que vender, sin nada que ofrecer en el mercado, ¿cómo iba a hacer Bonifacio para obtener los bienes que necesitaba para sobrevivir? A fin de cuentas, incluso en la actualidad todos tenemos que *vender algo en el mercado* para conseguir el dinero que nos per-

mite comprar cosas. El médico vende sus conocimientos terapéuticos para obtener los recursos necesarios para su subsistencia. El artista vende su talento para comprarse el pan de cada día. El profesor *vende* su conocimiento a los alumnos, que, con la inscripción y las colegiaturas, pagan ese "producto". Hasta los sacerdotes *venden* sus servicios religiosos y, de alguna manera, se les paga para que sobrevivan gracias a esa actividad sin necesidad de buscar otro empleo. En la sociedad hay quienes venden *bienes materiales* (arroz, yuca, coches, motocicletas, casas, etcétera) y quienes venden *bienes simbólicos* (arte, religión, política, etcétera). Pues bien, ¿qué podía vender Bonifacio, que no tenía ni empleo ni bienes, para sobrevivir?

Cuando llegó a la ciudad se le ocurrió buscar a aquel sujeto que había inventado el telar. Y allá fue, a la pequeña fábrica de cobijas. Cuando el antes artesano y ahora pequeño empresario abrió la puerta, Bonifacio le dijo:

— Estimado señor, vengo a ofrecerle mi fuerza de trabajo, los músculos de mis brazos y la agilidad de mi mente a cambio de un salario.

Ese día sucedió algo importante en la historia de la humanidad: nació la *clase obrera*, que es la clase conformada por los hombres y mujeres que alquilan su fuerza de trabajo a los dueños del capital. Con la clase obrera nació el modo de producción capitalista.

9. EL MODO DE PRODUCCIÓN CAPITALISTA

Los cuatro amigos van de compras.

—Cada vez que vengo al súper veo que subieron los precios — dice Tamiko.

—En nuestro país hay mucha gente con hambre — comenta Joca — porque los salarios suben despacio y los precios rapidísimo...

—¿Y por qué no les dan parte de estos alimentos a los pobres? — pregunta Uala.

—Porque vivimos en un sistema capitalista — responde Luciana.

—¿Y qué tiene que ver ese sistema con el hecho de que la gente no tenga qué comer? — exclama Uala.

Entonces Joca interviene:

—El profesor Carlos — dice — me explicó que, en el capitalismo, como su propio nombre lo indica, el que manda es el *capital*: el dinero. Nadie produce alimentos pensando en el hambre de la gente. Se producen porque dan ganancias y hacen crecer el capital de quienes invierten en la agricultura. Y los que invierten capital, quieren invertir lo menos posible. Pero sucede que una empresa agropecuaria tiene que gastar dinero en abono, maquinaria, electricidad, etcétera. Entonces, para ahorrar capital y hacer crecer el mar-

gen de ganancia, la empresa trata de contratar la mano de obra más barata que pueda encontrar. Entre menores sean los salarios de los trabajadores, mayores serán las ganancias del patrón.

— ¿O sea que, en el capitalismo, el capital puede más que el trabajo? — pregunta Tamiko.

— ¡Exactamente! El trabajo está en función del aumento del capital — dice Joca.

Cómo funciona el capitalismo

Nuestro país forma parte del sistema capitalista. Aparentemente, en este sistema predominan la "libre empresa" y la "libre competencia", de modo que, según esto, cualquiera podría tener la oportunidad de volverse rico, o sea, propietario de capital. El capital no es sólo dinero aplicado al mercado financiero. Se considera capitalistas a todos los propietarios de *medios de producción* (tierras, minas, ingenios, inmuebles) y a los dueños de bancos y empresas urbanas y rurales. Los capitalistas conforman la llamada *burguesía*.

Pero en realidad el capitalismo no ofrece las mismas oportunidades a todas las personas. Es como un gran embudo puesto al revés. O como una enorme pirámide. En el extremo más estrecho están los *dueños del capital*: la pequeña minoría que controla las grandes riquezas. En medio está la *clase media*, los profesionistas liberales, a

los que se conoce también con el nombre de "pequeña burguesía", pues entre ellos se cuentan los pequeños propietarios. La grande y amplia base está formada por los *trabajadores*, los asalariados de la ciudad y de las zonas rurales, que únicamente disponen de su fuerza de trabajo.

En el sistema capitalista no se invierte en aquello que la población necesita, sino en lo que produce ganancias. Una empresa dueña de millones de dólares, que podría fundar una gran cooperativa capaz de dar empleo a muchas personas, posiblemente preferirá invertir en un concierto o en una exposición de ganado, porque lo que le interesa es obtener la mayor ganancia posible de la manera más fácil y rápida. En un país como el nuestro, que tanto necesita tractores, se invierte mucho más en la fabricación de productos de lujo. Es más fácil vendérselos a los consumidores ricos y, en consecuencia, ofrecen mayores ganancias. Aunque Brasil tiene las vías fluviales más grandes del mundo y abundante energía hidroeléctrica, el sistema capitalista no permite que el país explore el transporte fluvial ni que construya ferrocarriles, de modo que no tenemos más remedio que comprar petróleo y sus derivados, pues dependemos casi exclusivamente del transporte más caro: el carretero.

En el capitalismo, los grandes productores de riqueza son los trabajadores de la ciudad

y del campo. Si ellos dejan de trabajar, la riqueza y los bienes necesarios para la vida dejan de producirse. Eso fue lo que sucedió cuando estalló una huelga de camioneros. Y, no obstante, ellos son los que menos dinero ganan. ¿Por qué, si trabajan tanto (de ocho a diez horas diarias) y ganan tan poco, no se rebelan? ¿Qué es lo que impide que la mayoría (los trabajadores) se subleve contra la minoría (los patrones)?

Para asegurar la defensa de sus intereses económicos, los dueños del capital controlan las otras tres esferas de la sociedad: la *política*, la *jurídica* y la *ideológica*.

A través de la *esfera jurídica*, procuran aprobar leyes que defienden los intereses del capital e impiden que los trabajadores dañen esos intereses. La ley prohíbe y considera un delito contra el patrimonio que una familia de la favela ocupe una hectárea de tierras improductivas en un gran latifundio. Y, en cambio, hay otras leyes que permitieron que un gran capitalista estadounidense, Daniel Ludwig, adquiriera en 1967 una extensión de tierra de seis millones de hectáreas en el estado de Pará, en Brasil.

Además de las fuerzas políticas y jurídicas, la pirámide capitalista domina otra esfera muy poderosa: la *ideológica*. La ideología siembra en las cabezas de la gente la idea de que la desigualdad social es un fenómeno natural e

irreversible. Hace que el pobre se conforme con su situación y borra de la consciencia del rico toda preocupación por la realidad de la población necesitada. *La ideología*, en fin, nos enseña a pensar según los intereses dominantes y a aceptar la pirámide tal como es. Para la ideología dominante, pensar distinto es subversivo...

WALT DISNEY: EL CATECISMO CAPITALISTA

Las revistas y películas de Walt Disney —el creador de Disneylandia y Disney World— son una especie de libritos de catecismo que enseñan a creer en el capitalismo. Cada personaje refleja una posición social, para que el joven lector pueda identificarse con alguno y resignarse a su suerte.

El viejo McPato es un multimillonario avaro: vive en función de una riqueza que nadie sabe de dónde salió. Tiene una sed de dinero tan desenfrenada que con frecuencia organiza expediciones a tierras remotas, con la ayuda del pato Donald y sus sobrinos, para hacer crecer sus caudales adueñándose de las riquezas de otros pueblos. Por lo general, los pueblos que habitan esas tierras lejanas se parecen a los pueblos del tercer mundo, sobre todo a nosotros, los latinoamericanos. Muchas veces son indígenas. Así, los niños van aprendiendo que, para que haya progreso y riqueza, los poderosos deben tomar aquello que pertenece a los pueblos originarios.

Pero no todo mundo nace rico como McPato. Muchos (al menos los que tienen dinero para comprar revistas) son de clase media, como Do-

nald, un pato que nunca se conforma con su suerte: no es ni pobre ni rico, pero es trabajador. La única razón por la que no se rebela es porque, según el sentido común de Hugo, Paco y Luis (sus sobrinos) en la vida el que no tiene dinero se las ingenia con el *Manual de los cortapalos*, que está lleno de soluciones para los problemas e imprevistos... Algunos tienen suerte y pueden vivir como millonarios, como Pánfilo Ganso. Otros son excelentes ciudadanos, defensores de la ley y el orden, como Mickey Mouse, que siempre está dispuesto a colaborar con el Jefe O'Hara cuando aparecen las fuerzas del crimen. Por eso, con todo y sus artimañas, los Chicos Malos dejan claro que el crimen no paga.

La explotación capitalista

Mucha gente cree que la riqueza de los dueños del capital se debe a que venden sus productos a un precio elevado. Pero no es así. Lo que enriquece al dueño del capital es la *plusvalía*. ¿Y qué es eso?

Lúcio, el padre de Luciana, es dueño de una fábrica de zapatos. Cuando la fábrica empezó, sólo había diez obreros, que trabajaban ocho horas al día. A lo largo de un mes, estos trabajadores producían mil pares de zapatos. Cada par se vendía por 300 reales ($300 \times 1,000 = 300,000$ reales).

Pero de esos 300,000 reales no todo era ganancia para Lúcio. A esa cantidad le tenía que

restar los muchos gastos que hacía para producir los zapatos: la compra de la materia prima (cuero, pegamento, clavos, etcétera), el desgaste de las máquinas, la electricidad, el mantenimiento de la fábrica y demás. O sea, a cada par de zapatos, Lúcio le descontaba 100 reales para cubrir o reponer estos gastos. Cada mes —recordemos que en un mes se producían 1,000 pares—, le descontaba 100,000 reales a la cantidad recibida. Así que le quedaban en total 200,000 reales, o sea, 200 por cada par vendido.

¿Y los salarios de los obreros? Si de los 300,000 reales, 100,000 se usaban para reponer las inversiones y quedaban 200,000, queda claro que cada obrero producía 20,000 reales al mes ($200,000 \div 10 = 20,000$).

Pero el salario de cada uno de estos diez obreros era de 2,000 reales. Cada obrero aportaba con su trabajo 20,000 y ganaba 2,000. ¿A dónde iban los otros 18,000? ¿A dónde iba ese plusvalor (plusvalía) producido por el trabajo de los obreros? Directamente a la cuenta del patrón.

En otras palabras: del valor producido —200,000 reales—, una parte (20,000) se dividía entre los diez obreros que producían ese valor. Y el resto (180,000) se lo embolsaba el dueño del capital.

Lúcio alquilaba mensualmente la fuerza de trabajo de los diez obreros. Esta fuerza de tra-

bajo producía, en horas de trabajo, el equivalente al salario que el obrero recibía a fin de mes y un *valor extra* (plusvalor) que el patrón se apropiaba (sin contar los 100,000 reales que Lúcio recibía todos los meses para reponer lo que había ganado).

En otros términos, si cada uno de los diez obreros recibía a fin de mes un salario de 2,000, esto quiere decir que cada cual recibía, por jornada (contando 20 días al mes, sin los fines de semana), 100 reales. Si cada obrero, a fin de mes, había producido un valor de 20,000 reales, esto significa que producía 1,000 reales por jornada. Al dividir esta cantidad entre las ocho horas laborales, veremos que el obrero producía 125 reales por hora.

Pues bien, atención: si cada obrero recibía 100 reales diarios y producía 125 por hora, ¡en sólo una hora de trabajo ya había producido el valor equivalente al salario de toda su jornada! Está claro: el patrón hacía trabajar ocho horas diarias a los obreros, pero nada más les pagaba el equivalente a poco menos de una hora. Las otras siete horas, *los obreros trabajaban gratis para el patrón*. Eso es la plusvalía, la fuente de riqueza de los dueños del capital, que explotan el trabajo ajeno.

Gracias a esta plusvalía, el padre de Luciana se volvió cada vez más rico, amplió sus fábricas, exportó calzado, se compró una mansión y contrató un chofer. No sucedió lo mismo con

sus empleados, que trabajaban siete horas diarias *¡gratis!* para él.

Hoy en día, un recurso más frecuente de las empresas para aumentar la plusvalía es obligar a los empleados a hacer *horas extra*. Muchos trabajan 10 horas diarias (ganando sólo lo equivalente a dos o tres). Por otro lado, al hacer horas extra, el trabajador, sin darse cuenta, le está quitando el trabajo a otra persona. Si nadie hiciera horas extra, habría menos desempleo.

Otra forma de hacer crecer la plusvalía es introducir innovaciones tecnológicas en el proceso de producción: equipo electrónico y robots en las industrias; tractores y segadoras en el campo. De este modo, menos trabajadores y en menos horas producen mucho más. Y, además, las máquinas tienen la ventaja de que no se quejan, no hacen huelgas, no organizan sindicatos, no se embarazan...

Fases del capitalismo

Carlos llevó al grupo a visitar una fábrica automotriz. Al salir, cuando el autobús pasaba frente a las industrias de la zona, el profesor dijo:

—Les voy a hablar un poco de la historia del modo de producción capitalista. Nació con la Revolución Industrial del siglo dieciocho, en Inglaterra, que en ese entonces era la gran potencia mundial. Solía decirse que en el Imperio

Británico jamás se ponía el sol, porque siempre era de día en alguna de las incontables colonias que Inglaterra tenía por el mundo.

La historia del capitalismo ha pasado por varias fases. Al principio, predominó la llamada "libre competencia", o sea, los capitalistas competían entre sí. El fabricante de azadones trataba de vender azadones mejores y más baratos que sus rivales. Poco a poco, surgió el *capitalismo monopolístico* (monopolio quiere decir "propiedad de uno solo"): las grandes empresas hicieron quebrar a las pequeñas. La empresa que tenía el monopolio de un producto imponía sus condiciones al mercado.

En el mundo actual predomina el *capitalismo rentista*. Es más lucrativo poner el dinero en el casino global (los paraísos fiscales, las bolsas de valores, las inversiones bancarias, las actividades especulativas, etcétera) que destinar el dinero a la producción. Esto explica la escandalosa desigualdad que aqueja a la población mundial.

"Hoy en día, el 1% más rico es dueño de la mitad de la riqueza del mundo. Y un dato aún más alarmante: las 100 personas más ricas del planeta poseen, juntas, más riqueza que los 4 mil millones de personas más pobres."

(21 *Lições para o século 21*, HARARI, Yuval Noah, São Paulo: Companhia das Letras, 2018, p. 104.)

10. EL MODO DE PRODUCCIÓN SOCIALISTA

En el sistema capitalista, la economía persigue ante todo la ganancia, la ganancia individual. En cambio, en el sistema socialista se ponen en primer lugar los intereses sociales. El modo de producción socialista predominó en los llamados "países comunistas": la Unión Soviética, China, Yugoslavia, Albania, etc. En Latinoamérica sólo existe un país que pasó del modo de producción capitalista al socialista: Cuba.

Hay una cosa que distingue al socialismo del comunismo. En el primero, la organización social procura atender las necesidades básicas de la población, como la educación, la salud, el empleo, la vivienda, etcétera. Pero sigue habiendo diferencias sociales entre las personas (salarios desiguales, por ejemplo) y el Estado controla, a favor de la mayoría, la economía y la política, así como los medios de formación y difusión de la ideología.

El comunismo es la etapa posterior al socialismo. En el comunismo no existirán diferencias sociales entre las personas; ni siquiera habrá un Estado. Todo el pueblo se autogobernará a través de organizaciones populares. Mientras que en el socialismo *cada cual recibe según sus capacidades*

(el que más produce más gana), en el comunismo *cada cual recibirá según sus necesidades.*

Características básicas del socialismo

Los países socialistas no formaban un conjunto homogéneo, o sea, no eran iguales en todo. Se distinguían entre sí tanto por su desarrollo económico como por la forma en que organizaban sus instituciones políticas. En cuanto al sector productivo de esos países, vale recordar que una parte significativa de la producción agrícola se originaba en las propiedades privadas que seguían existiendo. Aunque muchas veces tenían una extensión menor que la controlada directamente por el Estado, estas propiedades privadas eran, por lo general, más productivas.

En lo que respecta a las relaciones sociales, es un hecho que se abolieron las clases sociales tal como se presentan en las sociedades capitalistas. Pero esto no quiere decir que se resolvieron todos los problemas. Al contrario: aunque el socialismo solucionó problemas sociales básicos —educación, salud, pleno empleo, vivienda digna, bajos índices de mortalidad infantil, mayor esperanza de vida y fin de la discriminación racial — también es cierto que dio lugar a muchos otros que amenazaron su continuidad, como la burocracia del Estado, la necesidad de premios para fomen-

tar el trabajo, el gasto excesivo de ciertos países en la carrera armamentista, los prejuicios contra la religión y contra la homosexualidad, la corrupción, etcétera.

En la extinta Unión Soviética, el socialismo no pudo asegurar una verdadera democracia. Y en China se convirtió en capitalismo de Estado. Sólo en Cuba se resistió al burocratismo y a las seducciones de una economía de mercado en la que la competitividad está por encima de la solidaridad.

En una auténtica sociedad socialista no habrá separación entre los dueños del capital y los dueños de la fuerza de trabajo. Ya no habrá propietarios privados de los *medios de producción* (industrias, grandes extensiones de tierra, ingenios, minas, bancos, etcétera). Todos los medios de producción estarán controlados por el Estado popular.

Tendrá que seguir existiendo la pequeña propiedad rural de carácter privado o bajo un régimen de cooperativa, así como algunos servicios como las panaderías, las barberías, los talleres de artesanía y sastrería, las heladerías, etcétera.

Al no haber una diferencia entre los dueños del capital y los asalariados, no habrá *clases sociales*, aunque seguirán existiendo distinciones sociales entre, por ejemplo, los trabajadores manuales y los trabajadores intelectuales.

El *excedente* producido por el trabajo del pueblo será recogido por el Estado y *devuelto* a la población bajo la forma de beneficios sociales: educación y atención médica gratuitas, alimentos básicos baratos (subsidiados por el Estado), acceso al deporte para todos, rentas proporcionales a los salarios, etcétera.

En este tipo de sociedad, ninguna persona puede explotar el trabajo de otra.

VENTAJAS DE UNA ECONOMÍA PLANIFICADA

En las comunidades primitivas, el conjunto de la aldea decidía por anticipado los asuntos referentes a la producción. En la sociedad socialista, el proceso es semejante, aunque mucho más complejo: *la planificación económica global*. Las decisiones sobre la producción (qué producir, cuánto, cómo, dónde, cuándo, etcétera) son *decisiones sociales* que se concretan a través del estado socialista.

Así, los órganos económicos y estadísticos del Estado socialista se esfuerzan por *recabar datos sobre las necesidades* del conjunto de la población. A partir de esos datos, se hace un *plan económico* de producción para determinado período, de acuerdo con las posibilidades de las fuerzas productivas en ese momento. En cada plan se establecen algunas *prioridades*. De este modo, la actividad económica debe *atender primero las necesidades básicas* de la población y sólo después se dedica a producir aquello que no es más que conveniente o incluso superfluo. Evidentemente, los órganos económicos del Estado no sólo planifican la producción, sino también la

continuidad y las mejoras del proceso productivo, así como la formación de los fondos de reserva.

Las principales *consecuencias prácticas* de esta economía planificada son: la eliminación de las crisis cíclicas de la superproducción, el desarrollo acelerado de las fuerzas productivas y un mejor nivel de vida para el conjunto de la población. Respecto a este último punto, hay que decir que el socialismo acaba rápidamente con los aspectos más inhumanos que hereda de la sociedad capitalista: la miseria, el hambre, el desempleo, las favelas y vecindades, la prostitución, los altos índices de criminalidad, el analfabetismo, el abandono de niños y ancianos, el desamparo en la enfermedad, etcétera. Poco a poco, mejora también para el conjunto de la población la atención de las necesidades básicas: la alimentación, el vestido, la vivienda, la salud, la educación, el transporte y el *esparcimiento* (nótese que el *esparcimiento* se considera una necesidad básica). También mejoran las condiciones de trabajo: jornadas laborales más cortas, seguridad, salubridad, vacaciones, etcétera.

Noções básicas de economia política, Caderno de Formação, No. 5, 13 de mayo, São Paulo, NEP, s/f, p. 54-55.

11. DEL COLONIALISMO AL IMPERIALISMO

A principios del siglo veinte, los grandes países capitalistas trataban a otros países como *sus colo-*

nias. Inglaterra dominó a Uganda, Ghana, Rodesia (hoy Zimbabue), Sudáfrica, India, Australia, etcétera. Francia dominó a Argelia y Marruecos, entre otros. Estados Unidos sometió a Puerto Rico y en 1847 tomó los estados de Texas, Nuevo México y California, que pertenecían a México.

La relación entre la metrópoli y la colonia se daba de la siguiente manera:

- la metrópoli se arrogaba la dirección política y económica de la colonia;
- la colonia proporcionaba productos agrícolas y materias primas a la metrópoli, y no se le permitía desarrollar una industria propia;
- la colonia sólo podía comprar productos industrializados del país que la dominaba;
- era la metrópoli quien decidía los precios de los productos que la colonia exportaba e importaba.

En muchas colonias, el pueblo empezó a rebelarse. Quería la independencia y el derecho a determinar su propio destino. Entonces, las potencias colonialistas invirtieron mucho dinero en la industria bélica y en el traslado y manutención de tropas en las colonias. Aun así, el anhelo de libertad de los pueblos fue más fuerte que el poder militar de las metrópolis.

Surgió entonces una nueva fase del capitalismo: el *imperialismo*.

La diferencia entre las fases colonialista e imperialista es que, en esta última, el dominio se basa sobre todo en la dependencia económica. Los países desarrollados exportan capital a los países subdesarrollados y, bajo la forma de intereses o ganancias, recuperan dos o tres veces más de lo que invirtieron.

Hoy en día, la forma más sofisticada de explotación imperialista se da a través de las multinacionales y del control que ejercen sobre la tecnología.

LA COCA-COLA: PEQUEÑA HISTORIA DE UNA GRAN MULTINACIONAL

La Coca-Cola, el refresco que se vende en más de 200 países, surgió en 1886, en la farmacia de John Pemberton, en Atlanta, Estados Unidos. Pemberton había inventado una medicina para el dolor de cabeza y los disturbios del sistema nervioso. Como el gobierno prohibió que el jarabe se utilizara como medicina, se empezó a consumir como refresco.

El secreto de la Coca-Cola está en la fórmula de este jarabe, cuya receta sólo es conocida por diez personas, como máximo. La matriz estadounidense concede el derecho de usar este jarabe (importándolo de Atlanta) y el nombre de la firma, siempre y cuando las embotelladoras de todo el mundo respeten las reglas dictadas por la empresa —incluyendo el dise-

ño de la botella— y paguen a la Coca-Cola el 15.7% del producto de las ventas por mayoreo. La matriz gasta un 5% de sus ganancias en apoyo publicitario y promocional destinado a los diversos países.

En 1977 ,el gobierno de la India nacionalizó la Coca-Cola y denunció que la comercialización del misterioso jarabe proporcionaba a la multinacional ganancias de hasta un 400%. En 25 años de actividad, la empresa había invertido sólo 100,000 dólares en la India y se había llevado a Estados Unidos ganancias que ascendían a los 12 millones de dólares.

La Coca-Cola llegó a Brasil en 1939. Hubo laboratorios que analizaron el jarabe, pero no pudieron descubrir su fórmula. Lo que sí pudieron comprobar fue que contiene aditivos químicos nocivos para la salud. El principal es el ácido fosfórico, que se mezcla con el calcio del organismo humano y, al hacerlo, obliga al organismo a expulsar este elemento, tan importante para la salud, bajo la forma de fosfato de calcio. La descalcificación debilita los huesos, sobre todo los dientes en formación.

Una investigación realizada por la Universidad de São Paulo en 1968 demostró que los ratones alimentados con Coca-Cola presentaban deficiencias congénitas en la segunda generación de crías: sus huesos se partían con facilidad.

Pese a las conclusiones de los laboratorios, en 1939, Getúlio Vargas emitió un decreto con el que se

facilitaba la entrada del producto al país. Simplemente se le advertía al consumidor que el registro del producto era *falso*, porque ni siquiera el gobierno conocía su verdadera fórmula. Por eso en Brasil todas las botellas de Coca-Cola, hasta hace algunos años, tenían escrita bajo el nombre del refresco la frase: *marca registrada de fantasía*. "De fantasía" es un eufemismo para decir que el registro es falso.

(Fuentes: *Revista Exame*, 21 de marzo de 1984; *Retrato do Brasil*, vol. 1, p. 175-177.)

Cómo funciona una multinacional

Una multinacional es una empresa que diversifica su actividad productiva entre varias naciones. Por ejemplo: las industrias automotrices como Volkswagen, Fiat y Ford; las alimenticias como Nestlé y Coca-Cola; las de electrodomésticos como Philips; las de bebidas como Ambev, etcétera.

Antes, si un brasileño o mexicano quería comprarse un carro de la Ford tenía que importarlo de Estados Unidos. Ahora, la fábrica de coches no tiene que gastar en transporte marítimo para traer sus autos a países de América Latina, porque abre una fábrica en nuestro país. Al instalar fábricas en los países subdesarrollados, las transnacionales obtienen las siguientes ventajas:

- venden sus productos donde se producen, sin gastar en envíos internacionales;
- pagan menos impuestos y además reciben subsidios y fomentos fiscales de nuestros gobiernos;
- contratan mano de obra mucho más barata que en sus países de origen (un obrero de la Fiat en Brasil gana diez veces menos que un obrero de la Fiat en Italia);
- adquieren materias primas a bajos costos en el país en el que se instalan;
- monopolizan y controlan el mercado, pues acaban con la competencia de las pequeñas y medianas empresas nacionales.

La educación en el modo de producción capitalista

El científico político Ivo Lesbaupin, en un texto de 1975 titulado *Capitalismo e pessoa humana* (El capitalismo y la persona humana), analiza el acceso a la educación en las sociedades capitalistas, especialmente las de los más pobres. A continuación citamos un fragmento de su análisis:

"Para los sectores pobres es poco común llegar a la universidad. Y todo se debe a lo mismo: la explotación del trabajo. Como el padre de familia no gana lo suficiente, la casa no ofrece las condiciones

necesarias para el estudio, la madre tiene que trabajar y el hijo no puede conseguir los útiles escolares; a veces ni siquiera la ropa necesaria para ir a la escuela. Muchas veces el hijo se ve obligado a trabajar para contribuir con el sustento de la familia y, en consecuencia, deja de estudiar. Aun los que, con mucho esfuerzo y sacrificio, logran llegar a las puertas de la universidad, se ven obligados a enfrentar una competencia desleal con muchísimos otros que tuvieron mejores condiciones y un ambiente propicio para estudiar. De modo que puede decirse que la educación es selectiva. Los que se gradúan son aquellos que tienen las condiciones financieras para hacerlo.

Sucede aquello de lo que hablábamos al principio: como el sistema capitalista se basa en la explotación de la gran mayoría por parte de un pequeño grupo y su principal impulsor es el dinero, excluye a la población pobre de las ventajas de la educación.

El desarrollo resultante es selectivo, esto es, sólo beneficia a una clase. Es ésta la que va a tener acceso a buenas viviendas, buena atención médica y un buen nivel educativo. A la clase explotada se le relega cada vez más. Cabe observar aquí que muchos citan ejemplos de personas pobres que se esforzaron, estudiaron con grandes sacrificios y al final triunfaron en la vida, para decir que en el sistema capitalista todo mundo tiene las mismas

oportunidades. Quienes dicen esto sostienen que la diferencia es que unos se esfuerzan y por eso se vuelven ricos y otros no, y por eso son pobres.

Un análisis de la esencia del capitalismo deja claro que esto no es verdad. Esos casos son excepciones individuales. La clase trabajadora como un todo nunca se va a hacer rica. Los pobres en su conjunto nunca van a tener condiciones de vida dignas. Sólo uno que otro pobre, uno que otro trabajador, podrá escalar individualmente y romper la barrera que lo condena a la pobreza."

EPÍLOGO

SOCIALISMO REAL: EQUÍVOCOS Y DESAFÍOS

Cierro transcribiendo a continuación el epílogo de mi libro *Paraíso perdido - viajes al mundo socialista* (editorial Rocco, 2015, 528 p.), donde describo mis 30 años de visitas a países socialistas:

Cuando estuve en Berlín Oriental, en 1990, todos estaban de acuerdo en que la caída del socialismo en Europa del Este se debía mucho más a sus errores internos que a las presiones externas. Claro que, si no hubiera estado en vigor la *perestroika*, las marchas por la democracia — que se llevaban a cabo todos los lunes en las principales ciudades de la República Democrática Alemana — tal vez habrían sido reprimidas por los tanques soviéticos, como sucedió en Budapest en 1956 y en Praga en la primavera de 1968.

Los cambios que sufrió Europa del Este obligan a la izquierda latinoamericana, incluyendo a la teología de la liberación, a revisar su idea de socialismo y los fundamentos del marxismo. No se trata sólo de hacer un esfuerzo teórico por separar la paja del trigo, sino, sobre todo, de

restaurar la esperanza de los pobres y abrir un nuevo horizonte utópico para la lucha de la clase trabajadora y de los excluidos. Ignorar la profundidad de estos cambios es como tapar el Sol con un dedo y vender gato por liebre. Creer que el socialismo real fracasó por completo es desconocer sus conquistas sociales — evidentes sobre todo desde el punto de vista de los países pobres o en vías de desarrollo — y aceptar la hegemonía perenne del capitalismo, que condena a vastas regiones del planeta, como a Latinoamérica, a la opresión y a la miseria.

Aunque el socialismo aseguró beneficios sociales reales para la población al reducir drásticamente las diferencias de clase y al permitir el acceso de todas las personas a los bienes y servicios básicos, en los países socialistas reinó una insatisfacción que se explica por dos factores: por un lado, la estatización de la economía no permitió que los bienes de capital se modernizaran, cosa que agravó el rezago científico y tecnológico en comparación con Europa Occidental y, por otro lado, el monopolio del partido único, benefactor y paternalista inhibió los mecanismos de participación democrática y acabó con la diversidad política.

Al visitar la Asamblea del Pueblo de la RDA, el 7 de octubre de 1989, Mijaíl Gorbachov escribió en su Libro de Oro: "La historia casti-

ga a quien llega tarde". Era una advertencia y, al mismo tiempo, un empujón para que el país se abriera a las reformas. Lo que no se esperaba era que la mayoría del pueblo ayudara a empujar, ni que lo hiciera con tanta fuerza como para sacar al país del sistema socialista.

Ese semestre, la policía política había tratado de reprimir a los sectores de oposición interesados en una *glasnost* alemana impidiéndoles el acceso a las salas de reunión. La oposición entonces tocó la puerta de las Iglesias, en especial de la luterana, que abrieron sus salones y evitaron así un baño de sangre.

El 4 de noviembre de 1989, una manifestación convocada por escritores e intelectuales congregó a 500,000 personas en Berlín Oriental: una tercera parte de la población de la ciudad. Cinco días después, como un río que se desborda y destruye todas las barreras que encuentra a su paso, los manifestantes cruzaron el Muro de Berlín en un gesto simbólico que dejaba claro que querían una sola ciudad, una sola Alemania y un solo sistema: el capitalista.

Los 450,000 soldados soviéticos acantonados en la RDA lo contemplaron todo sin moverse. Después de esforzarse por reprimir el movimiento, el partido en el poder, el PSU, comprendió que aquello era una verdadera insurrección popular. El todopoderoso Erich Honecker,

que desde hacía trece años estaba en el poder, fue destituido y sólo se libró de la cárcel porque tenía graves problemas de salud.

Se destruyeron los archivos de la policía secreta y, en consecuencia, sus 85 mil agentes no sabían cómo ni dónde encontrar un nuevo empleo. Al revisar los documentos del Estado, la oposición encontró pruebas de corrupción que llevaron a doce altos dirigentes políticos a la cárcel, entre ellos el presidente de la Unión Democrática Cristiana, uno de los nueve partidos que formaban parte del Frente Nacional de apoyo al régimen.

Se descubrió, además, que el gobierno había hecho fraude en las elecciones municipales de 1988 para asegurar su hegemonía política. Mientras se exhortaba al pueblo a soportar una vida de austeridad como un sacrificio necesario para el progreso del socialismo, muchos dirigentes políticos gozaban de privilegios insultantes. Las restricciones impuestas a la población eran tan grandes que un joven profesor de literatura brasileña, con una amplia trayectoria de servicios prestados al régimen, jamás pudo obtener un permiso para ir al otro lado de Berlín a consultar bibliotecas especializadas o a visitar a sus tres hijos, que vivían allí con su madre.

Aunque en toda la RDA se captaban el radio y la televisión de la República Federal de

Alemania (RFA), quienes tenían el privilegio de viajar al extranjero o incluso de ir al lado occidental de Berlín debían sufrir, al volver, una inspección severa de su equipaje, y se les confiscaban libros y revistas.

El argumento de que, pese todas las dificultades, en los países socialistas no había llagas sociales como las favelas, el desempleo, el analfabetismo, la prostitución y las drogas, no les decía nada a aquellos cuyo referente era el alto grado de desarrollo de Estados Unidos y Europa Occidental, en lugar de los índices sociales de las remotas África y Latinoamérica. Europa se cerraba cada vez más sobre sí misma, indiferente a los dramas de otros pueblos, y todo indicaba que, en el futuro, habría barreras aduaneras aún más fuertes, incluso para los turistas.

¿Cómo convencer a un joven de un país socialista de que vive en una sociedad sin desigualdad económica, con educación y salud gratuitas, donde no existe el riesgo de jubilarse en la pobreza, si sus ojos están puestos en la exuberancia de las imágenes publicitarias del capitalismo, que le prometen riqueza, libertad y felicidad?

El socialismo no se implantó en la mayoría de los países de Europa del Este como resultado de una revolución. Por eso sus habitantes siempre lo vieron como algo que había llegado de fuera, de arriba abajo; como una imposición

soviética, en suma. Y, a pesar de toda la fraseología política marxista, la riqueza llegó al otro lado de la frontera, permitiendo que la República Federal de Alemania se convirtiera en uno de los principales acreedores de la Unión Soviética.

Del lado socialista, las catastróficas consecuencias de la economía planificada obligaron a reducir la oferta de bienes y servicios, fomentaron el éxodo de profesionistas calificados y favorecieron el crecimiento de una economía subterránea. Un caso típico es el de los agricultores soviéticos que vendían sus productos al Estado (que respetaba su precio), y los volvían a comprar en el mercado —donde aparecían con los precios reducidos gracias a los subsidios estatales— para luego volvérselos a vender al Estado.

La vuelta de Europa del Este al sistema capitalista a consecuencia de la propia movilización de los trabajadores, de los jóvenes y de la población en general, pone sobre la mesa algunas cuestiones de fondo que van mucho más allá de la autocrítica que hacen los exdirigentes de esos países. Estos admiten, es cierto, que adoptaron un modelo estalinista que no permitió que hubiera un mínimo de democracia en que las diferencias no se confundieran con divergencias antagónicas o que las reivindicaciones justas no se vieran como críticas de los enemigos del régimen. La policía se convirtió, así, en la única "in-

terlocutora" estatal para los sectores descontentos, y el gobierno no se preguntó jamás cuál era la procedencia y la naturaleza de las voces que discrepaban ni cuál era su propia responsabilidad ante la insatisfacción popular.

Pero no basta reconocer que la represión estalinista y la burocracia brezhneviana se convirtieron en la enfermedad mortal del socialismo europeo. Las propias fuerzas populares de los países socialistas subvirtieron el régimen vigente, cuestionando la legalidad de los partidos y gobiernos que se autoproclamaban como auténticos representantes del proletariado. El discurso de que la abundancia europea no era más que una vitrina que ocultaba un amplio basurero de miserias en la trastienda, no encontró eco en las conciencias de Europa del Este. De hecho, la acumulación de capital fue tan asombrosa en el viejo continente, que la Comunidad Económica Europea llegó a inyectar dinero en zonas pobres de Irlanda y España para que todos pudieran tener un mínimo acceso al mercado de consumo.

Nosotros, los del mundo pobre, podríamos objetar que pagamos la cuenta de ese banquete y que pasamos hambre. Y, sin embargo, en Europa fue insignificante el número de personas —incluso entre los comunistas— que se preocuparon por la suerte de los habitantes de las zonas pobres del mundo. Se consideraban una especie

de tercer mundo que necesitaba urgentemente ayuda económica y apoyo político, y querían que sus países se convirtieran en un nuevo polo de inversiones capitalistas. Como dijo el español Eusebio Cano Pinto, del Parlamento Europeo, "el síndrome del Este puede ser el acta de defunción del tercer mundo y del cuarto".

Detrás de esta insensibilidad hay una cuestión de responsabilidad. El socialismo real europeo no pudo despertar en sus pueblos una conciencia revolucionaria. Sin lugar a duda, en la izquierda latinoamericana hubo un mayor trabajo de politización —a través de escuelas sindicales y de la educación popular— que en la mayoría de los países socialistas. Con el socialismo sucedió lo mismo que había pasado con la Iglesia. Los primeros cristianos, que vivían su fe en condiciones adversas, tenían un desprendimiento y un amor comparables con el vigor revolucionario de los muchos comunistas europeos que tuvieron que enfrentar la brutal represión nazifascista en la Segunda Guerra Mundial. El propio Erich Honecker pasó diez años preso a manos de la Gestapo. Un berlinés indignado me decía que no entendía cómo es que alguien que había sufrido tanto podía haberse convertido en un burócrata despótico. Luego de que la cooptara el emperador Constantino, en el siglo cuarto, la Iglesia se fue sintiendo cada vez más cómoda conforme se iba aproximando al poder.

De la misma manera, en muchos países socialistas, la conciencia revolucionaria de esos viejos militantes se convirtió en la lógica de la preservación del poder de los nuevos dirigentes. El marxismo-leninismo dejó de ser una herramienta de transformación de la historia para convertirse en una especie de religión secularizada, defendida en su ortodoxia por los "sacerdotes" de las escuelas del Partido, con principios que se enseñaban como dogmas incuestionables.

En el sistema educativo, la ortodoxia se convirtió en ortofonía: a las puertas del siglo veintiuno, en las aulas de la RDA, donde el aprendizaje del ruso era obligatorio, se repetían el materialismo del manual de Plejánov (*La concepción monista de la historia*, de 1895) y las lecciones enfadosas de la *Historia del Partido Comunista* (bolchevique) de la URSS, publicado por Stalin en 1938. En suma, en nombre de la más revolucionaria de las teorías políticas que han existido en la historia, se enseñaba a no pensar.

Así como ciertos teólogos tridentinos creían que la lectura de la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino bastaba para aprender teología, los ideólogos del Partido decían que, una vez que se aprendía la lección oficial, ya no era necesario conocer ninguna otra corriente filosófica, ni siquiera a otros teóricos marxistas. Los nombres Trotsky, Kautsky, Rosa Luxemburgo y

Gramsci despertaban repulsión. El marxismo se estudiaba como si hoy un seminarista se aprendiera la teología del Concilio de Trento dispuesto a ignorar toda la historia subsiguiente de la Iglesia, el Concilio Vaticano Segundo y la teología de la liberación.

El socialismo no pudo resolver el problema de la relación entre el Estado y la sociedad civil. Las organizaciones de masas y los sindicatos no eran más que cadenas de transmisión del Partido. Esta estructura vertical coartaba la participación de los ciudadanos en el destino del país, con excepción de aquellos que cobraban como empleados de la burocracia estatal. Pues bien, a falta de mecanismos de participación política, de motivaciones revolucionarias y del derecho a soñar, en fin, la juventud de Europa del Este se dejaba excitar por las seductoras imágenes del mundo capitalista, que le llegaban a través de la televisión y el cine. El encanto de la publicidad capitalista golpea directamente los cinco sentidos antes de que la conciencia reaccione y pueda reflexionar. Cuando no se le encuentra sentido a la vida, es inevitable ceder a los deseos de consumo, que el socialismo no estaba en condiciones de satisfacer. Sin válvula de escape, la presión hizo explotar la olla.

El director de la Academia de Ciencias no es necesariamente un revolucionario y el

catedrático de marxismo-leninismo no es un hombre inmune a la corrupción. Nadie se afilia a un partido porque esté convencido del rigor científico de su programa. Los motivos que llevan a una persona a sumarse a la lucha política son de índole más imaginaria que racional. Esto queda muy claro en cuanto hay una contienda electoral. Muchas razones partidistas chocan con motivos pasionales subjetivos que encienden la competencia entre correligionarios y sacan a la luz vanidades, ambiciones personales y otros sentimientos muy distintos de los atributos que se consideran propios del hombre y la mujer nuevos.

Si no basta con la mera educación conceptual, debemos preguntarnos cuál es la razón de fondo, y esto nos lleva a la esfera de la ética: ¿cuál es el sentido vital del militante? Quizá no muchos se han detenido a pensar en la respuesta. En todo caso, dirán que es "hacer la revolución" o "alcanzar el socialismo". Pero este sentido colectivo no siempre tiene sus raíces en una decisión personal que determina todo un proyecto de vida. Ninguno de los teóricos y militantes de Europa del Este que lamentaban el fracaso del socialismo nos dijo que iba a luchar por la revolución en Latinoamérica. Parecían conformes con aceptar otras funciones en el nuevo orden capitalista. ¿Acaso eran simples empleados de la

burocracia socialista, o eran verdaderos revolucionarios comunistas?

El estilo de la militancia ofrece una identidad social al militante, y todos necesitamos una identidad social, ya sea como ejecutivos de empresa, dirigentes sindicales o anarquistas. Pero si, en el fondo, la ambición personal de poder es su móvil principal, el militante actuará guiado por el mismo oportunismo que rige el comportamiento de un ejecutivo que quiere llegar a ser director. Esto se ve sobre todo en aquellas relaciones que prescinden de la dimensión amorosa y, por su naturaleza egoísta, despiertan la concupiscencia: el deseo de sexo, dinero y poder. El imperativo de transgresión se ve permanentemente tentado por la posibilidad de aferrarse a aparentes alternativas en la esfera de estos tres elementos, símbolos del más fuerte de los instintos humanos: la perpetuación de la vida. El sexo como forma de reproducción de uno mismo y de la especie; el dinero como la seguridad de sobrevivir y el poder como eso que borra el límite entre lo posible y lo deseable. Este último es el más fuerte de los tres, porque garantiza los otros dos y da a aquél que lo detenta un aura sobrehumana, casi divina, que tiende a reducir a los que lo rodean a la condición de simples subalternos.

Evitar que estos medios se conciban como los fines de la ambición personal, incluso en nom-

bre de una causa revolucionaria, implica una profunda adecuación entre la formación intelectual y la formación ética, entre la praxis y la teoría. El sentido determinante que da a su vida el militante político podría compararse con un aforismo medieval según el cual el conocimiento siempre se adecúa a aquél que lo detenta, como el líquido a la forma del recipiente. Así, las más nobles nociones de teoría política siempre se adecúan a la subjetividad del educando. Por eso no basta con trabajar sólo la calidad del líquido. También hay que ocuparse de la calidad del recipiente, y ello significa un desafío ético y pedagógico.

La crisis del socialismo real pone la noción de democracia en el centro del debate de lo que se entiende por socialismo. En su crítica a Rousseau, Marx sostenía que la verdadera democracia llegaría una vez que la sociedad civil y el Estado se separaran; esto implicaría la extinción del Estado y, por lo tanto, de la diferencia entre gobernantes y gobernados. En sus análisis de la Comuna de París, Marx destacó como un elemento esencial de la democracia el hecho de que los representantes del pueblo pudieran ser destituidos de sus cargos en cualquier momento y se sujetaran a las instrucciones formales de sus electores. En *La guerra civil en Francia*, Marx critica el sistema representativo en el que el pueblo simplemente cede poderes a los políticos (por lo

general, vinculados con los intereses de la clase dominante), y propone la representatividad de clase, que habría de convertirse en el fundamento de la concepción marxista de la democracia. "En vez de decidir una vez cada tres o seis años qué miembros de la clase dominante han de representar y aplastar al pueblo en el parlamento, el sufragio universal habría de servir al pueblo organizado en comunas (...)"

De modo que en la base del régimen político estaría la organización popular en función del interés de clase. Era lo que Marx llamaba "el gobierno de los productores por los productores". Este régimen se distinguiría del representativo (que disimula la hegemonía de la clase que detenta el capital con el pluripartidismo interclasista) porque superaría la distinción entre los poderes Legislativo y Ejecutivo y los concentraría a ambos en un Estado operativo; extendería el sistema electoral a los órganos relativamente autónomos del aparato estatal, como el ejército, el poder judicial y la burocracia; establecería la revocabilidad permanente de cualquier mandato por decisión de los electores y fomentaría la descentralización del Estado en comunas populares.

Basándose en estas ideas de Marx, Lenin propuso, en *El Estado y la revolución*, la formación de consejos obreros (soviets). Según él, en la so-

ciudad capitalista el centro de decisiones se desplaza del Estado a la gran empresa, y esto impide que el régimen democrático inhiba el abuso de poder. Así pues, quien ejerce el control político no podría ser el ciudadano abstracto, oculto tras la masa de electores, sino los que están directamente vinculados con la producción económica: los trabajadores. Estos conformarían los consejos, que, vinculados entre sí en los diversos niveles territoriales y administrativos, formarían una federación de consejos que serían los eslabones del aparato estatal.

El aspecto más fundamental del planteamiento de Lenin es que propone la democracia no como un valor universal (que puede adecuarse a cualquier sistema económico), sino como un elemento intrínseco del socialismo. Sin embargo, es un planteamiento limitado porque no toma en cuenta a la gran masa de excluidos a resultas de la opresión económica y que, en principio, deben gozar de los mismos derechos de ciudadanía que los demás.

En este sentido, no tendría mucho caso hablar de un "socialismo democrático" más que como una redundancia retórica o como un recurso didáctico. El socialismo debería ser democrático por su propia naturaleza, ya que en él no están separadas la emancipación económica y la emancipación política de todos los ciu-

dadanos, y no sólo de la clase trabajadora que en él ejerce la hegemonía política. Así, hablar de socialismo debería ser lo mismo que hablar de democracia y viceversa. Sin embargo, hoy en día las desviaciones del burocratismo y del estalinismo hacen necesario que se hable de un socialismo democrático o participativo y que se defina su contenido.

En Brasil, la proliferación de movimientos y organizaciones populares a lo largo de los últimos cincuenta años (las comunidades eclesióstias de base, los sindicatos y núcleos partidistas, los movimientos de mujeres, indígenas y negros, de los Sin Tierra y los Sin Techo, las asociaciones de vecinos, los centros comunitarios, etcétera) se ha consolidado como una praxis que se impone a las nuevas concepciones teóricas encarnadas especialmente en el Partido de los Trabajadores en su primera década de existencia. Por su parte, la crisis del socialismo real invita a corregir el rumbo político. Al menos está claro por dónde no hay que ir. Hay un mayor consenso en torno a la idea de que el proyecto democrático tiene que pasar por la autonomía y la especificidad de cada uno de esos eslabones de la sociedad civil, bajo la hegemonía de los intereses de la clase trabajadora. En este sentido, el Estado debe surgir de la red de movimientos sociales y políticos. Los consejos populares, propuestos en teoría, aun-

que difíciles de llevar a la práctica, pueden ser el embrión de la suma progresiva de la democracia formal con la democracia sustancial. Tal vez ahí esté el filón y, ante la dificultad de explotarlo, hay que preguntarnos hasta qué punto no nos estaremos resistiendo a la democracia y, por lo tanto, anulando la posibilidad de un futuro socialista porque preferimos disfrutar el modelo burgués, que concentra en las manos del elegido el poder de decisión. Preguntarnos si nos queda el saco del cinismo que denunciaba Latzarus: "el arte de la política en las democracias consiste en hacerle creer al pueblo que es él quien gobierna".

APÉNDICE

Declaración Universal de los Derechos Humanos

Versión popular

Todos nacemos libres y somos iguales en dignidad y derechos.

Todos tenemos derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad personal y social.

Todos tenemos derecho de resguardar nuestra casa, nuestra familia y nuestro honor.

Todos tenemos derecho a un trabajo digno y bien remunerado.

Todos tenemos derecho al descanso, al esparcimiento y a las vacaciones.

Todos tenemos derecho a la salud y a la asistencia médica y hospitalaria.

Todos tenemos derecho a la instrucción, al arte y a la cultura.

Todos tenemos derecho al amparo social en la infancia y en la vejez.

Todos tenemos derecho a la organización popular, sindical y política.

Todos tenemos derecho de elegir y ser elegidos para las funciones del gobierno.

Todos tenemos derecho a una información verdadera y correcta.

Todos tenemos derecho de ir y venir y a mudarnos de ciudad, de estado o de país.

Todos tenemos derecho de no sufrir ningún tipo de discriminación.

Todos somos iguales ante la ley.

Nadie puede ser arbitrariamente privado de su libertad ni del derecho a defenderse.

Toda persona es inocente hasta que la justicia, basada en la ley, demuestre lo contrario.

Todos tenemos la libertad de pensar, de manifestarnos, de reunirnos y de creer.

Todos tenemos derecho al amor y a los frutos del amor.

Todos tenemos el deber de respetar y proteger los derechos de la comunidad.

Todos tenemos el deber de proteger y defender los derechos de la naturaleza.

Todos tenemos el deber de luchar por la conquista y ampliación de esos derechos.

Obras sobre el autor

1. Américo Freire y Evanize Sydow, *Frei Betto: Biografía*, con prefacio de Fidel Castro, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 2016.

2. Fábio Régio Bento, *Frei Betto e o socialismo pós-ateísta*, Porto Alegre, Nomos Editora e Produtora, 2018.

Esta es una publicación de Para Leer
en Libertad AC y la Rosa Luxemburg Stiftung.

Prohibida su venta.